

El crimen de “Colina”. Con el criterio de los Censores no podría llevarse a escena el drama bíblico de Job

La decisión de la Censura de Espectáculos que niega autorización para representar “La Colina”, nos ha dejado turulatos. Se trata de un drama de Daniel Gallegos, que su autor no ha vacilado de auto sacramental.

Según una gacetilla de LA NACIÓN consideran los Censores, por votación casi unánime que la conducta de los personajes es lesiva a los sentimientos religiosos del público. Como la conducta de los personajes es lesiva a los sentimientos religiosos del público Como la conducta en sí misma no es sino la exteriorización de ciertos sentimientos e ideas, es de presumir que lo que ofende a los Censores, como intérpretes o voceros del sentimiento público, es la libertad en la expresión de ciertos conceptos filosófico-religiosos, encarnados en la acción. Refuerza esta hipótesis el hecho de que no se señala en la obra ninguna blasfemia, escarnio o procacidad, ni por otra parte se le tilda de obscenidad (respecto de la cual reina actualmente un criterio muy amplio, que no cobija, sin embargo, a la pornografía, cosa muy distinta).

Con el criterio de los señores Censores podría prohibirse la puesta en escena del drama de Job, una de las piezas más bellas y filosóficas de la Biblia. Se adivina en el Libro de Job la influencia griega y, en todo caso, campea en ese drama el verdadero espíritu helénico de amor a la libertad de expresión, a la que Sófocles entona en Antígona uno de los himnos más sublimes. No se conoce al autor del Libro de Job y, aunque se conociera, hace luengos siglos que está muerto y no podría atender los cambios que pudiera sugerirle la Censura para darle el beneplácito. Es un tremendo drama, concebido con la belleza de un poeta excelso, y no han faltado críticos que vean en Job una especie de Prometeo encadenado.

El Libro de Job es muy conocido – o debiera serlo – y no vamos a resumir el argumento. Aunque la “paciencia de Job” es tradicional, el santo Job no era tan paciente como quisiera suponerse, a pesar de sus protestas de fidelidad a Yavé y de conformidad con su negra suerte. En efecto, después de haber sido el hombre más feliz, rico y padre amatísimo y dadivoso, cayó en la más patética desgracia; su familia y sus amigos lo abandonaron y vio su cuerpo lacerado por toda clase de morbosidades. Quiso sobreponerse a su desdicha, pero ésta no tenía límites.

Desesperado entonces rasgó sus vestiduras, se rasuró la cabeza, se echó en la tierra y prorrumió en desgarradores lamentos e imprecaciones: desnudo salí del vientre de mi

madre y desnudo tornaré allá. Yavé me lo dio, Yavé me lo ha quitado” Y finalmente, con arrogancia y falsa piedad, exclama: “¡Sea, bendito el nombre de Yavé!”

Satán era y siempre ha sido escéptico respecto de la probidad y moralidad humanas, que atribuía simplemente a falta de oportunidad para pecar, y en este sentido estaba listo a ofrecer en toda ocasión sus buenos servicios. Como algunos políticos, romanos y no romanos, creía Satán que todo hombre tiene su precio y que en todo caso la virtud y la paciencia sucumben ineludiblemente ante los embates del infortunio. Yavé tenía un alto concepto de su siervo Job, como varón íntegro y justo, temeroso de Dios, y sabía que resistiría todas las pruebas. Por eso recibió Satán la venia de Yavé para someter a Job a toda clase de ordalías, con las que esperaba echar por tierra la buena opinión que se tenía de Job.

Fue visitado Job por tres amigos, Elifaz, Bildad y Sofar, que trataron de convencerlo de la insostenible posición de rebeldía ante la justicia divina, utilizando para ello argumentos de abogado. A cada uno de sus varios discursos contestó Job con razones que parecían contundentes y que sus amigos trataron de rebatir sin haberlo, por lo visto, logrado. Primero habían permanecido sentados con él en tierra por espacio de siete días y siete noches, y ninguno habló palabra, viendo cuán grande era su dolor. Por fin Job abrió su nacimiento, y tomando la palabra dijo: “Pereza el día en que nací y la noche en que se dijo: Ha sido concebido un niño. Conviértase ese día en tiniebla, no se cuide de él Dios desde el cielo, no resplandezca sobre él un rayo de luz. Apodérese de él obscuridad y sombras de muerte. Encobese sobre él la negra nube, llénenlo de terrores la negrura del día. Hagan presa de aquella noche las tinieblas, desaparezca del año, no sea contado en los meses. Sea noche de soledad, no haya en ella regocijos. Maldiganla los que saben maldecir al mar, los que saben despertar el malvático. Háganse tinieblas las estrellas de su crepúsculo. Que espere la luz y no le venga y no vea los paraderos de la aurora, por no haberme cerrado las puertas del seno materno y no haberme sustraído a mis ojos tanta miseria. ¿Por qué no expiré en el seno de mi madre? ¿Por qué no perecí al salir de sus entrañas? ¿Por qué ha llé rodillas que me acogieron y pechos que me amamantaron? Pues ahora, muerto, descansaría, dormiría y reposaría con los reyes y los grandes de la tierra, que se construyen mausoleos, con los principios ricos en oro, que llenan de plata sus moradas. O mi hubiera, como aborto secreto o como los que concebidos, no llegaron a ver la

luz” etcétera, etcétera. Los etcéteras serán peores que las lamentaciones y denuestos iniciales, porque Job contesta a cada uno de los discursos con palabras cada vez más fuertes, casi blasfemas. Finalmente interviene un cuarto personaje, más joven, Elihiú, hijo de Beraquel, quien no había quedado satisfecho de la fuerza de los argumentos de los otros interlocutores. Las palabras de Elihiú, que pronunció cuatro discursos, parecen ser más persuasivas. Por fin interviene la Deidad, dirigiendo a Job su palabra en medio de un torbellino, diciendo: “¿Quién es éste que empaña mi providencia con imprudentes discursos?” Dios le demuestra a Job que los hombres, con su insuficiente mentalidad, son incapaces de comprender los misterios de la vida y del mundo. Job responde por fin a Dios:

“Sé que lo puedes todo y que no hay nada que te cohíba. Ciertamente que proferí lo que no sabía, cosas difíciles para mí, que no conocía. Solo de oídas te conocía; mas ahora te han visto mis ojos. Por todo me retracto y hago penitencia entre el polvo y la ceniza.”

Según el epílogo, los consejeros de Job no sólo salieron con las cajas destempladas, sino que provocaron la ira de Dios, que sabía que no hay peor amigo que un amigo tonto. Dijo Yavé a Elifaz: “Se ha encendido mi ira contra ti y contra tus dos compañeros, porque no hablasteis de mí rectamente, como mi siervo Job”. No conocemos más detalles de “La Colina” que los que publicó el domingo anterior nuestra amiga Norma Loaiza, que dan sin embargo una clara idea de la esencia del drama de Gallegos. En todo caso sería bueno que los inexorables Censores meditaran en las últimas palabras de Yavé, que parecieran dar su aprobación a la franqueza ruda con que Job expresó su inconformidad con lo que creía una injusticia de la providencia. Lo que los personajes del drama de “La Colina” piensen sobre estos importantes temas filosófico-religioso, expresando sin reticencias su íntimo modo de pensar, no aparece chocar con el amplio criterio que refleja el Libro de Job. Al santo le fueron restituidas su salud y su cuantiosa hacienda.

Tienen ahora la palabra los nuevos Elifaz, Bildad y Sofar, que ocupan los cargos de Censores de Espectáculos Públicos.

Cristián Rodríguez.

Nota aclaratoria: este material ha sido modificado de su versión original para su restauración y conservación.